

Lazos de amor, deseo y muerte



DANIEL GIL¹

En este texto, a través del análisis de un cuento de Eça de Queirós, trataré de desplegar alguna de las relaciones entre el amor, el deseo y la muerte.²

Eça de Queirós (Portugal, 1845-1900), en la actualidad es un escritor casi olvidado a no ser por la realización cinematográfica mexicana *El crimen del Padre Amaro*. Sin embargo este autor tuvo mucha repercusión en España y en América, sobre todo en el Río de la Plata.³

Tomaremos como objeto de nuestro análisis un relato titulado *José Matías*, que se publicó por primera vez en 1897.⁴

En el cuento, el relator narra la vida infortunada del José Matías, el (prot)agonista de la historia, ante un supuesto escucha (el lector), al punto

- 1 Daniel Gil. Médico Psiquiatra, Psicoanalista. Bulevar Artigas 1268. Ap. 702. danielgil2008@gmail.com
- 2 Lo que aquí reproduzco son fragmentos del capítulo 5, «Los puentes de Madison y otros puentes», de un libro en preparación titulado *Lo que no fue*, sobre el amor y la sublimación. En dicho capítulo, comentando obras literarias y cinematográficas, intento extraer algunas características del amor y su relación con la sublimación.
- 3 En la década de 1920 Andrés González-Blanco, en la Editorial Biblioteca Nueva, tradujo la mayoría de sus obras; y entre 1938 y 1944 varias de ellas fueron publicadas en Argentina por la Editorial Sopena.
- 4 Eça de Queirós. «José Matías». En: *Cuentos*. Madrid, Biblioteca Nueva, (sin fecha de impresión), publicados luego de su muerte y que no fueron compilados por el autor. Cuatro de los cuentos se hallan reproducidos en *Civilización y otros cuentos*. Mvdeo., Banda Oriental, 2005. La primera publicación de «José Matías» se hizo en la *Revista Moderna*. (París. Año 1. N° 1. Junio de 1897), y se incluyó luego en la antología de Eça de Queirós. *Cantos*. 1902. Se puede encontrar una versión en idioma original en el sitio ficcoes@editorial-caminho.pt. He realizado algunas modificaciones en la traducción luego de cotejar las dos versiones en castellano con el original portugués. Agradezco el conocimiento de este relato a Elsa Leone.

que por momentos el narrador interpela al escucha sobre las reacciones que puede tener frente a la historia que está oyendo.

El relato se desarrolla en Portugal y comienza en la década de 1860, en medio de una aristocracia europea intelectual e indolente, que se preocupaba por la lectura, no exenta de esnobismo, de los grandes filósofos y poetas.

José Matías era un joven veinteañero, rubio y apuesto, con aspecto de romántico soñador, de «espíritu curioso», «un gran espiritualista», de una «horrenda corrección» en su atuendo y sus modales, lo que hacía que fuera considerado vulgar. «Su inalterable calma parecía provenir de una inmensa superficialidad sentimental.»

José Matías, luego de la muerte de sus padres, fue a vivir a Lisboa a casa de un acaudalado tío, la cual estaba en medio de un jardín que subía lentamente por la ladera de una colina. Dicha casa lindaba con la mansión de Matos Miranda, casado con Elisa, una joven de veinte años considerada «una sublime belleza de Lisboa», que apenas era vista en los círculos sociales «por pertenecer a aquella burguesía adusta que conservaba los antiguos hábitos de severa clausura o por la imposición paternal del marido, ya diabético y con sesenta años.» Y si bien nadie la veía, quien no podía dejar de contemplarla y adorarla era José Matías, el que, desde las ventanas de su habitación que daban al jardín, y debido a la diferencia de altura dada por pendiente en la ladera de la colina, podía observar todos los movimientos de Elisa: «no podía la divina Elisa asomarse a una ventana, cruzar la terraza, recoger una rosa entre los senderos de bojes sin ser deliciosamente visible, tanto más cuanto que en los dos jardines soleados ningún árbol extendía la cortina de su ramaje espeso.»

Como en la poesía, José Matías podía decir que:

*Era no outono, quando a imagem tua
 A luz da lua...*

«vi desde la terraza: alta, esbelta, ondulante, digna de la comparación bíblica de la palmera en el viento. Cabellos negros, brillantes y espesos, en ondeados bandós. Una piel de camelia muy lozana. Unos ojos negros, líquidos, lánguidos, tristes, de largas pestañas...»

José Matías abría la ventana y «cual *Introibo ad altare Deae*»⁵ («Entraré al altar de la Diosa»), «erguido en su adoración sublime», vivía contemplando a Elisa, quien, desde el jardín o desde sus ventanas, le correspondía.

«¡Y aquel arrobamiento, amigo mío, duró diez años; así, espléndido, puro, distante e inmaterial! No se ría... Seguramente se encontraban en la quinta de doña Mafalda; seguramente se escribían, y extensamente, tirando las cartas por encima del muro que separaba las dos quintas; pero nunca buscaron, por encima de las hiedras de aquel muro, la rara delicia de una conversación robada o la delicia aún más perfecta de un silencio oculto en la sombra. Y nunca cambiaron un beso... ¡No lo dude! Algún apretón de mano fugaz y ansioso, bajo las arboledas de doña Mafalda, fue el límite exaltadamente extremo que la voluntad le señaló al deseo. Usted, amigo, no comprende cómo se mantuvieron así dos frágiles cuerpos, durante diez años, en tan terrible y mórbido renunciamiento... [...] Esa espiritualización era fácil para José Matías, que (sin que lo sospecháramos) había nacido desvariadamente espiritualista; pero la humana Elisa encontró también un goce delicado en aquella ideal adoración de monje que no osaba rozar, con los dedos trémulos y enredados en el rosario, la túnica de la Virgen sublimada. ¡Él sí! Él gozó en ese amor trascendentemente desmaterializado un encanto sobrehumano. Y durante diez años caminó, vivo y deslumbrado, dentro de un sueño radiante. Sueño en el que Elisa habitó realmente dentro de su alma, en una fusión tan absoluta que se tornó consustancial con su ser.»

Se podrá pensar, y no deja de ser correcto, que se ha producido un proceso de sobrevaloración (*Überschätzung*) del objeto que, para Lacan, es igual a sublimación del objeto⁶, pero con ello no alcanza y se pierde un importante matiz: toda la descripción que nos hace Eça de Queirós nos habla de una divinización, mejor aún, de una deificación del objeto, de un goce, que tendrá todos sus efectos en la continuación de la historia.

5 Esta es una parodia de la frase del Salmista que se realiza al comienzo de la misa: *Introibo, ad altare Dei*.

6 Lacan J.– *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. p. 135, Bs. As., 1988. En el mismo seminario (p. 137) Lacan destaca que, para Freud, existe una diferencia sustancial entre la sublimación y la idealización, «en la medida en que la idealización hace intervenir la identificación del sujeto con el objeto, mientras que la sublimación es algo muy diferente.»

Llegó el día en que a Matos Miranda, el esposo de Elisa, entre los años y la diabetes, se lo llevó la Parca. En ese momento José Matías y Elisa estaban en plena juventud, tenían poco más de treinta años. Sus amigos pensaron que salvo el tiempo de luto riguroso de un año, que Elisa debía cumplir, nada impediría que se consumara su amor: «Un año de luto y después mucha felicidad y muchos hijos... ¡Es un poema acabado!» Amén de una suculenta fortuna que provenía de ambos, sobre todo de la herencia de Elisa.

Y sin embargo allí se produjo el quiebre existencial en la vida de José Matías. Enterado de la muerte del viejo Miranda su reacción fue inesperada. No se notaba en él alegría ni alborozo y había perdido «la sonrisa de radiosa certeza que durante diez años lo iluminara con un nimbo de beatitud.»

José Matías miraba la terraza y las ventanas de la quinta de Elisa con un gesto de turbación, de confusión, inquietud y ansiedad, casi de terror, «como si se debatiera en una duda insoluble, siempre presente, corrosiva y dolorosa.» «¡Aquella era la mirada que se desliza hacia la jaula, poco segura, donde se agita una leona!» Y resuelve alejarse de Elisa, dejar Lisboa e irse a Oporto. Sus amigos pensaron que era por prudencia cuando en realidad se trataba de una huída. Pasó el año, y siguieron pasando los meses sin que José Matías se moviera de Oporto ni hiciera nada para encontrarse con Elisa, libre ya de toda traba social que le impidiera unirse a él.

Poco después, con indignación, los amigos se enteran por la prensa que Elisa volvía a contraer matrimonio, esta vez con un conocido propietario de tierras: Francisco Torres Moreira, joven y vigoroso. Los amigos de José Matías, con irritación, comentaban: «¡Traicionar presurosa, desconsideradamente, apenas terminó el luto riguroso, a aquel noble, puro e intelectual Matías y a su amor de diez años, sumiso y sublime! [...] ¡Ah, bien ha enseñado Juan Crisóstomo que la mujer es un monstruo de impureza, erguido ante la puerta del Infierno!» Pero cuál sería el asombro de los amigos cuando, poco después, se enteran por un tercero que fue José Matías quien la rechazó. Ella le escribió, incluso fue a verlo a Oporto. Lloró, pero él ni siquiera quiso verla. Y sin embargo, «¡aquel sublime amor de José Matías [...] seguía siendo el mismo. Infinito, absoluto...!» Y el autor infiere ante este hecho que la única explicación es que se encontraba ante una Causa Primera, impenetrable, incomprensible.

Luego del matrimonio de Elisa con Francisco, y viviendo ella nuevamente en su quinta, José Matías se anima a retornar a su casa, a su jardín, como si con el matrimonio de su adorada se hubieran esfumado los peligros que lo acechaban cuando Elisa libre era como «una leona agitada».

Ahora todo era *casi* como antes: Elisa retomó sus paseos por el jardín «repetiendo los gestos de amor, enviándole las dulces miradas con las que durante diez años extasió el corazón de Matías.» Y José Matías volvió a contemplarla fascinado, pero ahora lo hacía detrás de las cortinas, «observando furtivamente los blancos pliegues del vestido, con la cara totalmente desbastada por la angustia y la derrota.» Pero cuando Francisco Torres partía para sus tierras a la cosecha de la vendimia, José Matías abría de par en par sus ventanas y «Elisa y su amigo recayeron insensiblemente en la vieja unión ideal a través de los jardines en flor.»

José Matías seguía creyendo –y no se equivocaba– que Elisa «lo amaba a él, y únicamente a él, y con un amor que no se consumía, ni se alteraba, que florecía con toda lozanía, hasta sin ser regado ni cuidado, como la antigua Rosa Mística.» Lo que lo torturaba era que «un bruto», un ser sin nobleza, sin espiritualidad, [...] ¡besara «los divinos labios que él nunca se atrevió a rozar, con la supersticiosa reverencia, casi con el terror de su divinidad! [...] ¡El sentimiento de este extraño Matías era el de un monje, postrado ante una imagen de la Virgen, con trascendental arrobamiento, cuando de repente un sacrílego bestial trepa al altar y levanta obscenamente la túnica de la imagen!»

Y si bien durante el día Matías seguía adorando a escondidas a su amada, sus noches cambiaron. Su conducta, antes tan mesurada, se hizo extravagante y hasta escandalosa por momentos. Volvió a fumar, cosa que había abandonado cuando se enteró que a Elisa le molestaba el humo, bebió y jugó hasta perder sus bienes y su fortuna. Esa vida, «torturada por las Furias», duró siete años.

Pero he aquí que el poderoso Torres Moreira muere de hidropesía. Nuevamente, ninguna regla social impedía la unión entre José Matías y Elisa. Ella ahora, en sus rozagantes cuarenta y dos años, estaba «más llena y armoniosa, bien madura, suculenta y deseable». Y de nuevo, como cuando murió Matos Miranda, José Matías huyó, pero esta vez se esfumó sin que nadie supiera de él.

Pasó el tiempo y la «divina Elisa», no pudiendo casarse nuevamente, tuvo un amante, hombre joven, «pacífico funcionario de Obras Públicas», a quien su mujer, una española, había abandonado. Elisa se mudó de la quinta y fue a vivir cerca de una biblioteca frecuentada por el narrador. Un día, cuando este regresa a su morada, ya entrada la noche, a oscuras, escondido en el portal de una casa frente a la de Elisa, encuentra en estado ruinoso a José Matías, que aparecía avejentado, desprolijo, con una barba rala y descuidada, disminuido, «dentro de una levita mugrienta y de unos pantalones negros de anchos bolsillos, donde escondía las manos con el gesto tradicional, tan infinitamente triste, de la miseria ociosa. [...] Aquel joven de elegancia sobria y fina había caído en la miseria andrajosa.»

José Matías pasaba las noches, invierno y verano, contemplando las ventanas de la habitación de Elisa, fumando un cigarrillo tras otro e incursionando cada tanto rato hasta una taberna vecina donde apuraba una copa para volver luego, desde la oscuridad del portal, a su contemplación extasiada. Fumaba sin cesar de tal forma que la lumbre de su cigarrillo estaba casi siempre encendida, y esto no lo hacía simplemente por vicio, sino porque se había dado cuenta que «Elisa había descubierto que, dentro de aquel portal, adorando sumisamente sus ventanas, con el alma de otro tiempo, estaba su pobre José Matías, [y ella] permanecía mirando al portal *muy quieta*, sin otro gesto, con aquella *antigua y muda mirada* en la terraza, por encima de las rosas y las dalias.» (Destacado D. G.)

Transcurrieron tres años y en una madrugada de invierno encuentran a José Matías en el portal, tendido y jadeante, «con una cara cubierta de muerte, vuelta hacia los balcones de Elisa.» Lo llevaron al hospital. Cuando llegaron sus amigos ya había fallecido. El médico les dijo que había llegado sin conocimiento pero antes de morir abrió los ojos y exclamó: «¡Oh!, y con un gran espanto⁷, expiró. ¿Era el grito del alma, ante el asombro y el horror de morir también? ¿O era el alma triunfando al reconocerse al fin libre e inmortal?»

7 En portugués «espanto» significa también terror, susto, sorpresa, asombro, admiración.

En un último gesto de amor, Elisa envió a «su amante carnal» con un ramo de violetas para que con ellas cubriera la tumba de «su amante espiritual».

Así murió José Matías «que era quizás mucho más que un hombre o tal vez todavía mucho menos que un hombre.»

Eça de Queirós, durante todo el relato, se debate ante la enigmática conducta de José Matías. No duda que fuera un «hiperespiritualista». La única «explicación» que encuentra para su extraño proceder era que estaba motivado por una Causa Primera, es decir, incomprensible, impenetrable, con lo cual no está lejos de lo que nosotros llamamos la Cosa. Por otro lado lo califica de «monje», pero si algo no era José Matías era un monje, carecía para ello del conflicto, la lucha interior contra la concupiscencia, del sentimiento de pecado. En el lenguaje que Eça de Queirós utiliza para describir los sentimientos de José Matías respecto a Elisa no hay ni una pizca de sensualidad y los términos son extraídos de la esfera religiosa: Virgen sublimada, Diosa, éxtasis, beatitud, trascendente arrobamiento, sublime, divina Elisa, etc.

Pero José Matías ¿era más o menos que un hombre? ¿O sería humano, demasiado humano y sucedió que su amor sería un *amor puro*, y esta fue la alternativa que no consideró Eça de Queirós?

Pero, ¿qué quiere decir «amor puro»? En un reciente libro, exhaustivo y erudito, Jacques Le Brun desarrolla el tema que si bien fue un debate teológico que se planteó en el siglo XVIII, y cuyos principales protagonistas fueron Mme. Gouyon y Fenelon, se remonta a Platón y sigue hasta nuestros días.⁸

Contra Descartes, que pensaba que Dios no podía ser un genio engañador ni un dios maligno, los místicos ya habían planteado la *suposición imposible* de que Dios fuera maligno, al cual, sin embargo, si el amor que se le profesaba era verdaderamente puro, se debía amar, «porque se consideraba que el único amor verdadero estaba apartado de cualquier perspectiva de recompensa y de cualquier interés propio, y el criterio de validez e incluso de legitimidad del amor era la perfección del desapego llevado

8 Le Brun J.– *El Amor Puro de Platón a Lacan*. Trad. Silvio Mattoni. Córdoba, Argentina, Literales, 2004. Debo el conocimiento de esta obra a Marta Labraga.

hasta la pérdida del sujeto.⁹ En el caso del amor divino, esa pérdida podía llegar hasta la condena radical [es decir la condena eterna en el Infierno] ocasionada por quien era objeto del amor, por Dios; un Dios que dañara a quien lo ama, sería amado de modo más puro que si lo recompensara.»¹⁰ En ello consistía justamente la suposición imposible de los místicos. Le asiste plenamente la razón a Lacan cuando sostiene que el Soberano Bien, Dios o, en la oportunidad, la «divina Elisa», son el objeto bueno, y, al mismo tiempo, como el Dios de Lutero, el que odia a los hombres y a la creación, el objeto malo, sustitutos, en definitiva, de la Cosa (*das Ding*).¹¹

¿No era de esto lo que se trataba en el amor de José Matías por Elisa? No era la recompensa ni la retribución, más allá de algunas miradas, lo que buscaba José Matías. Lo que él deseaba era poder amar a ese objeto maravilloso, sublime, pero no sublimado, deificado. No era acercarse a él, ni menos aún poseerlo. La misma belleza de Elisa oficiaba como baluarte para mantener a distancia a la Cosa, ya que «lo bello tiene como efecto el suspender, el disminuir, el desarmar, diría, el deseo. La manifestación de lo bello intimida, prohíbe el deseo.»¹² José Matías, es claro, en ningún momento se mueve en el registro de placer, sino en el del goce.

Durante muchos años Elisa fue su diosa y su culto era verdaderamente su religión y con ello logró una especie de sublimación. Pero cuando Elisa se le hizo accesible, y más aún cuando se le ofreció para el casamiento, esa «religión», que como toda religión «le inspiraba el temor a la Cosa y lo hacía mantenerse a distancia»¹³, falló y por ello siempre que Elisa estuvo a su alcance huyó despavorido, ante el temor, ante «el terror de su divinidad», ante el espanto de la contracara de su Diosa, la de «la leona agitada» presta a escapar de su jaula. La divina Elisa adquirió en ese cambio una dimensión siniestra (*Unheimlich*) tal como puede suceder con una estatua –nos dice

9 Hasta aquí, en lenguaje kantiano, diríamos que se trata de un amor que no está referido a ningún objeto patológico (empírico), no así en lo que sigue en donde aparece la faz obscena y feroz.

10 Le Brun J.– Op. cit. p. 8

11 Lacan J.– *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. p. 91, Bs. As., Paidós, 1988.

12 Lacan J.– Op. cit. p. 287.

13 Lacan J.– *El Triunfo de la religión*. p. 63, Bs. As., Paidós, 2005.

Lacan— que tiene la forma más deseable y apaciguadora en su inmovilidad, pero solo es divina si se mantiene en su fijeza, no bien adquiere movimiento, es decir se muestra deseante, se transforma en lo más *Unheimlich*.¹⁴

Podemos pensar que en los últimos años, los de su degradación y su miseria, la vigilancia permanente que hacía de Elisa no era solamente para ver si seguía estando, sino para comprobar que seguía permanentemente a distancia, y, aunque presente para él, eternamente inalcanzable. Más que el objeto lo que le importaba era la comprobación de una distancia infranqueable, equivalente de la inmovilidad de la estatua, que hacía su presencia inaccesible.

Cuando el narrador se pregunta sobre la exclamación «¡Oh!» de José Matías antes de morir, si sería por el horror a la muerte o porque al fin se sintió libre o inmortal, omite otra posibilidad, mezcla de espanto y asombro, que sería la de que, en ese momento, José Matías descubrió que por lo menos durante todo el tiempo que transcurrió desde la muerte del viejo Miranda, lo que él había amado no era a Elisa sino a la Muerte. No olvidemos que Eça de Queirós nos habla de la «antigua y muda mirada» de Elisa. Y cierto es: en todo el relato no hay ninguna palabra de Elisa. La mudez, es Freud quien lo plantea, es símbolo de la muerte. Pero no se trata solo de la palabra: Eça de Queirós metaforiza la mirada como muda. ¿No hace esto recordar a Medusa? «El poder de fascinación ejercido por la imagen sublime —dice Žižek— siempre anuncia una dimensión letal.»¹⁵ Es que lo bello tiene una extraña relación con la muerte: «la función de lo bello es, precisamente, indicarnos el lugar de la relación del hombre con su propia muerte y de indicárnoslo solamente en un deslumbramiento. [...] Solamente a partir de la aprehensión de lo bello en la puntualidad de la transición de la vida a la muerte, podemos intentar restituir lo bello ideal, a saber, la función que en ocasiones puede adquirir lo que se nos presenta como la forma ideal de lo bello y, en un primer plano, la famosa imagen humana.»¹⁶

14 Lacan J.— *La transferencia*. p. 294, Bs. As., Paidós, 2006.

15 Žižek S. — *Mirando al sesgo*. p. 141, Bs. As., Paidós, 2002.

16 Lacan J. — *La ética del psicoanálisis*. Bs. As., Paidós, 1998. pp. 352 y 354.

La belleza fascinante nos protege impidiendo que nos acerquemos al corazón de la Cosa.¹⁷ Pero en José María esa aprehensión de lo bello no tenía un carácter puntual, de la transición de la vida y la muerte, sino que se producía una captura fascinada con (por) la muerte, como en el personaje de *All that jazz*.

Esos años de su *pasión*, de su amor puro, fueron su Infierno: el lento, progresivo, sistemático camino a su degradación y extinción, como si cumpliera un ineluctable deseo de muerte.

Pero, entonces, ¿cuál era el deseo que sostenía ese amor? En José Matías, Elisa solo estaba aparentemente elevada a la dignidad de la Cosa.¹⁸ En realidad, para José Matías, Elisa, la Diosa, objeto del «amor puro», era un «objeto sublime sustituto de la Cosa»¹⁹, «¿y no lleva el deseo extremo hasta ofrecerse él mismo en un sacrificio que entraña su propia abolición?»²⁰ No era que José Matías tuviera a Elisa como su objeto de deseo, –«no era un deseo de esto o aquello, tampoco un deseo a secas»²¹, no era un «deseo puro, el puro y simple deseo como tal»²², sino un deseo de muerte.

17 Lacan J. – *La transferencia*. Op. cit. p.348.

18 Recordemos que Lacan define la sublimación como la elevación del objeto a la dignidad de la Cosa.

19 Lacan J.– *La transferencia*. Op. cit. p. 347.

20 Lacan J. *La ética del psicoanálisis*. Op. cit. 1988, p. 199.

21 Lacan J.– *La transferencia*. Op. cit. p. 396.

22 Lacan J.– *La ética del psicoanálisis*. Op. cit. p. 339. En este seminario si bien Lacan introduce el sintagma «deseo puro», por una serie de deslizamientos equipara al deseo puro con un deseo de muerte, con un deseo criminal y con el deseo de la madre (Yocasta). En ese momento su teorización es compleja y confusa. El deseo puro nunca puede tener como objeto un objeto empírico (un objeto patológico en la terminología kantiana). Lo que sucede es que Lacan todavía no había forjado el concepto de objeto a. Es recién cuando dispone de este concepto que puede formular con claridad el concepto de deseo puro. La «función pura del deseo», de la cual Lacan habla en el seminario de La angustia (p. 232), es el «lugar en que les demuestro cómo se forma a, el objeto de los objetos, movimiento por el cual el deseo se relaciona inmediatamente, es decir sin la mediación de los significantes, a la verdad de la falta, a la verdad de la Cosa.» Y, más tarde, en el Seminario Aún, dice: «El objeto a no es ningún ser. El objeto a es lo que supone de vacío una demanda, la cual, solo situada mediante la metonimia, esto es, la pura continuidad asegurada de comienzo a fin de la frase, permite imaginar lo que puede ser de un deseo del que ningún ser es soporte. Un deseo sin otra sustancia que la que se asegura con los propios nudos. [...] en el deseo de toda demanda solo hay solitud del objeto a, del objeto capaz de satisfacer el goce,...» Seminario 20. Aún. p. 152. Barcelona, Paidós, 1981. (Destacado D. G.)

Aplicando el desarrollo que realiza Žižek de lo Real, donde distingue tres modalidades²³, José Matías, durante un largo tiempo, todo aquel en que Elisa le era inaccesible, tuvo con ella una relación dentro de los parámetros de lo Real-imaginario, es decir, para él Elisa tenía un *je ne sais quoi*, un rasgo real, indefinido, esquivo, que atrae o subyuga, como en este caso; aunque también puede aparecer como «la leona enjaulada», la cosa horrible, la cabeza de Medusa, el monstruo, el Alien. Pero cuando no hubo ningún impedimento formal o social para consumir su relación con Elisa quedó al descubierto la faz de lo Real-real: la boca en el sueño de la Inyección de Irma: «el fondo de esa garganta, de forma compleja insituable, que hace de ella tanto el objeto primitivo por excelencia, el abismo del órgano femenino del que sale toda vida, como el pozo sin fondo de la boca por el que todo es engullido; y también la imagen de la muerte en la que todo acaba terminando [...] Hay, pues, aparición angustiante de una imagen que podemos llamar revelación de lo real en todo lo que tiene de menos penetrable, *de lo real sin ninguna mediación posible*, de lo real último, del *objeto esencial que ya no es un objeto sino algo ante lo cual todas las palabras se detienen y todas las categorías fracasan*, el objeto de angustia por excelencia»,²⁴ el abismo insondable.

Es justamente allí que se produce un deslizamiento en donde ya no se trata de reconocer el deseo como deseo, deseo de ninguna cosa, deseo puro, es decir de la realización del deseo, sino que se franquea un paso y lo que se desea es *la nada*, el encuentro con la Cosa, el abismo.²⁵ Y esta diferencia es fundamental ya que «la realización del deseo no es precisamente la obtención de un objeto. Se trata, en efecto, de la emergencia a la realidad del deseo en cuanto tal.»²⁶ Es decir del deseo puro. En termino-

23 Žižek S. – *Órganos sin cuerpo*. p. 124. Valencia, Pre-textos, 2006. *Arriesgar lo imposible*. p. 69. Madrid, Trotta, 2006.

24 Lacan J. – *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. p. 249. Barcelona, Paidós, 1983.

25 Si bien en castellano se ha traducido *Wunscherfüllung* como «cumplimiento de deseo» (así lo hace José Luis Etcheverry) o como «realización de deseo», creo conveniente hacer una distinción entre cumplimiento de un deseo, es decir, el logro (afortunadamente) de un objeto (empírico) deseado en el plano imaginario, de la realización del deseo.

26 Lacan J. – *Seminario 8. La transferencia*. p. 81.

logía spinozista, podríamos decir que el deseo lo que desea es perseverar en su ser, cosa que Lacan sostiene cuando dice que «el hombre, por no ser más que un objeto, sirve a un fin. Se fundamenta [...] por su causa final, que es vivir, en este caso, o más exactamente, sobrevivir, esto es, dilatar la muerte y dominar al rival.»²⁷

Entonces, si la realidad del deseo es perseverar en su ser, tendríamos que modificar la afirmación de que en José Matías lo que intervenía era un deseo de muerte. Más correcto es plantear que lo que operaba en él era un no-deseo. Lo que sucede es que ese no-deseo es igual a la muerte.

Pero veamos más de cerca este no-deseo. En el maravilloso cuento de Franz Kafka «El artista del hambre» el único problema que tenía el protagonista del relato era que su empresario no le permitía ayunar más de cuarenta días cuando él quería proseguir, ya que «estaba fanáticamente enamorado del hambre» y era ante sí mismo «un espectador *completamente satisfecho* de su propia hambre». «Me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo [ya que] *no pude hallar alimento que me gustara.*» Vale decir que no había ningún objeto empírico que se constituyera en objeto de deseo, «él estaba *completamente satisfecho* de su propia hambre». Lacan nos recuerda que en la anorexia mental de lo que se trata no es que el sujeto no quiera comer nada [*rien*] (ninguna cosa) sino que lo que quiere es «comer nada (*rien*)». Cuando se pasa de una oración negativa («no quiere comer nada») a una afirmativa («quiere comer nada») el cambio es radical ya que, en el primer caso, el sujeto se encuentra aún dentro de los parámetros de lo simbólico-imaginario (del mundo), en cambio, cuando lo que quiere es «comer (la) nada», esta nada (*rien*) ya está desbordando hacia lo real (*néant*). El mundo, al despolverse de objetos de deseo, se precipita hacia la nada (*néant*). Es como si el deseo se moviera en una especie de juicio infinito en el que, al final del camino, se encontrara con su opuesto y se anulara: deseo de muerte.

Dicho de otra manera: el hombre no puede hacer la experiencia del deseo como pura negatividad más que difiriéndolo perpetuamente, deseándolo, no anulándolo. El deseo cuando es reconocido efectivamente,

27 Lacan J. –*Seminario 20. Añ.* p. 129, Barcelona, Paidós, 1981.

—es decir, no como deseo de reconocimiento, pero tampoco, simplemente, deseando el deseo del otro (reconocimiento del deseo) todavía muy intersubjetivo—, sino reconociendo que el «objeto» que causa el deseo (objeto *a*) no es ningún objeto empírico, sino un vacío, una nada, una negatividad (*Negativität*), pero no una negación (*Negation*).²⁸ Pero este deseo *de* nada (ninguna cosa), tal como lo afirmaba Nietzsche, no es lo mismo que el deseo *de la nada*, —«deseo extremo» que implica su propia abolición, deseo de muerte—, sino que para que el deseo de ninguna cosa se revele como tal, como deseo puro, debe vivirse como experiencia de la pura negatividad, debe ser destino de muerte diferida, es decir, «muriendo cada cual a su manera».

La realización del deseo, como puro deseo, sólo es posible en experiencia de la negatividad, de la falta, en el horizonte de la muerte. Esa nada, desde donde se origina la facultad de desear, es la Cosa, o mejor la a-Cosa, vacío en torno al cual se construye mundo del deseo, es decir, el mundo a secas, como en la metáfora del cántaro de Heidegger.²⁹

Se comprende entonces que es a partir del «vacío primordial» de la Cosa, en torno al cual circula la pulsión a través de los significantes, desde donde se construye el mundo. Otra cosa, totalmente diferente, es la Nada, que lo que hace es abolir al mundo.

Freud ya había señalado que en el enamoramiento el yo del amante se empobrece cuando se exalta la amada, pero a su vez, el narcisismo del amante se recupera cuando él ocupa también el lugar de amado. El pobre José Matías, en la medida en que realizaba la sobrevaloración (*Überschätzung*) de Elisa y, en contrapartida, él no se atrevía a ocupar el lugar de amado, medusaba a Elisa al tiempo que se petrificaba en su degradación. No había, no podía haber así, sublimación de su amor ya que la sublimación requiere un cambio de meta y de objeto o un cambio en el objeto. ♦

28 Hegelianamente, mientras en *la negación* (*Negation* no *Verneinung*) uno de los términos se anula, en *la negatividad*, propia del movimiento dialéctico, la realidad se halla formada por un choque contra algo opuesto e interno a ella misma que no es pero que la constituye. Este es el automovimiento. La fuerza del movimiento de la Naturaleza es el ser—para—sí o pura negatividad. ¿No podemos ver allí una de las maneras de pensar la pulsión de muerte freudiana?

29 Para un desarrollo de estas ideas ver el trabajo «De la Cosa y de las cosas» en mi libro *Errancias*.

RESUMEN

En el trabajo se intenta ver las relaciones entre el amor, el deseo y la muerte a través del análisis de un cuento de Eça de Queirós, titulado «José Matías». En él el personaje central *padece* una extraña pasión por Elisa, amor que es correspondido por ella pero que nunca va más allá de miradas y algún encuentro fugaz que, a lo sumo, se concreta en un saludo. En dos oportunidades en que la amada queda viuda y que no existía ningún impedimento para que se concretara la relación, José Matías huye desparovido. Su amor es descrito con términos de la esfera religiosa, la amada es deificada, constituida en algo sublime pero no sublimado, desprovisto de sensualidad. Así José Matías va cayendo en un proceso de progresiva degradación, manteniéndose en la contemplación arrobada de su diosa, hasta que lo alcanza la muerte.

¿Se trataba verdaderamente de amor o era una atracción fatal lo que obligaba a José Matías a tener a su amada bajo estricta vigilancia, siempre a distancia y siempre inaccesible? Tras la faz de la diosa lo que se escondía era la imagen terrible de «una leona enjaulada». La atracción de José Matías expresa el deseo imperioso hacia Elisa pero, en realidad, lo que había era la atracción mortífera, no por tal o cual objeto, tampoco el deseo en su pureza, el deseo de ninguna cosa, sino el deseo de la nada, deseo de muerte, forzamiento del deseo, más allá del placer, para acceder al goce del encuentro con la Cosa.

Descriptor: SUBLIMACION / DESEO DE MUERTE / DESEO

Autores-Tema: Lacan, Jacques

Obras-Tema: José Matías. Cuentos. Queirós, José María Eça de

SUMMARY

The author tries to show the relationship between love, desire and death through the analysis of «Jose Matias», a short tale by Eça de Queiroz. In it the main character «suffers» a strange passion for Elisa that is corresponded by her, yet never goes any further than glances and some brief encounters that scarcely reach the form of a greeting. In the two occasions in which the loved one becomes a widow –therefore without impediment for a full relationship– Jose Matias runs away scared. His love is depicted in religious terms; the loved one is deified, something sublime but not sublimated, lacking sensuality. Thus Jose Matias falls in a progressive degradation, holding to an enraptured contemplation of his goddess, until finally death catches up with him.

¿Was it love or was it a fatal attraction what forces Jose Matias to keep his beloved one under strict surveillance, always at a distance, always out of reach? What was hiding behind the goddess was the terrible image of a «caged lioness». Jose Matias's attraction expresses the strong desire towards Elisa but, in fact, it was an issue about deadly attraction not for this or that object, neither desire in its purity, the desire of anything, but the desire of nothing, death desire, straining desire beyond pleasure in order to get access to the joy of the encounter with the Thing.

Keywords: SUBLIMATION / DEATH DESIRE / WISH

Authors-Subject: Lacan, Jacques

Literary Work-Subject: José Matías. Cuentos. Queirós, José María Eça de

BIBLIOGRAFIA

- GIL, D. De la Cosa y de las cosas. En: *Errancias*. Libro inédito en preparación.
- Los puentes de Madison y otros puentes. En: *Lo que no fue*. Libro inédito en preparación.
- LACAN, J. (1954–1955). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Barcelona, Paidós, 1983.
- (1959–1960). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Bs. As., Paidós, 1988
- (1961–1962). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 8. La transferencia*. Bs. As., Paidós, 2006.
- (1962–1963). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 10. La Angustia*. Bs. As., Paidós, 2006.
- (1972–1973). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aún*. Barcelona, Paidós, 1981.
- (1974). *El triunfo de la religión*. Bs. As., Paidós, 2005.
- LE BRUN, J. (2002). *El amor puro de Platón a Lacan*. Córdoba, Literales, 2004.
- QUEIRÓS, J. M. Eça de. (1902). José Matías. En: *Cuentos*. Madrid, Biblioteca Nueva, [s.f.]. –
- ŽIŽEK, S. *Arriesgar lo imposible*. Madrid, Trotta, 2006.
- (1991). *Mirando al sesgo*. Bs. As., Paidós, 2002.
- (2004). *Órganos sin cuerpo; sobre Deleuze y sus consecuencias*. Valencia, Pre-textos, 2006.